



# EL CONDE LUCANOR

*adaptación de Rosa Navarro Durán*

CLÁSICOS  
PARA  
ESTUDIANTES



edebé

# ÍNDICE

---

## PRÓLOGO 11

*Ejemplo primero.* Lo que le pasó a un rey con su privado 13

*Ejemplo segundo.* Lo que le pasó a un hombre bueno con su hijo 20

*Ejemplo tercero.* El salto que hizo en el mar el rey Ricarte  
de Inglaterra atacando a los moros 25

*Ejemplo cuarto.* Lo que dijo un genovés a su alma cuando  
iba a morirse 32

*Ejemplo quinto.* Lo que le pasó a un zorro con un cuervo que tenía  
un pedazo de queso en el pico 35

*Ejemplo sexto.* Lo que le pasó a una golondrina con las otras aves  
cuando vio que sembraban el lino 39

*Ejemplo séptimo.* Lo que le pasó a una mujer que se llamaba  
doña Truhana 42

*Ejemplo octavo.* Lo que le pasó a un hombre al que tenían  
que limpiarle el hígado 45

*Ejemplo noveno.* Lo que les pasó a dos caballos con el león 47

*Ejemplo décimo.* Lo que le pasó a un hombre que, como no tenía  
nada más, comía altramuces 51

*Ejemplo XI.* Lo que le sucedió a un deán de Santiago con don Illán,  
el gran maestro de Toledo 54

*Ejemplo XII.* Lo que le pasó a un zorro con un gallo 61

*Ejemplo XIII.* Lo que le pasó a un hombre que cogía perdices 66

- Ejemplo XIV.* El milagro que hizo santo Domingo cuando predicó sobre el usurero 69
- Ejemplo XV.* Lo que le pasó a don Lorenzo Suárez en el asedio de Sevilla 72
- Ejemplo XVI.* La respuesta que el conde Fernán González dio a Muño Láinez, su pariente 77
- Ejemplo XVII.* Lo que le pasó a un hombre que tenía mucha hambre y al que invitaron a comer por compromiso 80
- Ejemplo XVIII.* Lo que le pasó a Pedro Meléndez de Valdés cuando se rompió la pierna 83
- Ejemplo XIX.* Lo que pasó entre los cuervos y los búhos 87
- Ejemplo XX.* Lo que le pasó a un rey con un hombre que le dijo que le enseñaría alquimia 91
- Ejemplo XXI.* Lo que le pasó a un joven rey con un gran filósofo a quien su padre encomendó su educación 96
- Ejemplo XXII.* Lo que les pasó al león y al toro 101
- Ejemplo XXIII.* Lo que hacen las hormigas para vivir 106
- Ejemplo XXIV.* Lo que le pasó a un rey que quería probar a sus tres hijos 109
- Ejemplo XXV.* Lo que le pasó al conde de Provenza, y cómo salió de la cárcel gracias al consejo que le dio Saladín 115
- Ejemplo XXVI.* Lo que le pasó al árbol de la Mentira 124
- Ejemplo XXVII.* Lo que le pasó a un emperador y a don Álvar Fáñez Minaya con sus mujeres 129
- Ejemplo XXVIII.* Lo que le pasó a don Lorenzo Suárez Gallinato 141

- Ejemplo XXIX.* Lo que le pasó a un zorro que se tumbó en la calle  
y se hizo el muerto 145
- Ejemplo XXX.* Lo que le pasó al rey Abenabet de Sevilla  
con Ramayquía, su mujer 148
- Ejemplo XXXI.* La sentencia que dio un cardenal al pleito  
entre los clérigos de París y los frailes menores 151
- Ejemplo XXXII.* Lo que le pasó a un rey con los estafadores  
que tejieron la tela 154
- Ejemplo XXXIII.* Lo que le pasó a un halcón sacre del infante  
don Manuel con un águila y una garza 160
- Ejemplo XXXIV.* Lo que le pasó a un ciego que guiaba a otro 163
- Ejemplo XXXV.* Lo que le pasó a un joven que se casó con una mujer  
de mal genio 165
- Ejemplo XXXVI.* Lo que le pasó a un mercader que fue a comprar  
consejos 172
- Ejemplo XXXVII.* La respuesta que les dio a sus gentes  
el conde Fernán González después  
de ganar la batalla de Facinas 176
- Ejemplo XXXVIII.* Lo que le pasó a un hombre que iba cargado  
de piedras preciosas y se ahogó en el río 178
- Ejemplo XXXIX.* Lo que le pasó a un hombre con una golondrina  
y un gorrión 181
- Ejemplo XL.* Por qué perdió el alma un senescal de Carasona 183
- Ejemplo XLI.* Lo que le pasó a un rey de Córdoba que se llamaba  
Alhaquén 187
- Ejemplo XLII.* Lo que le pasó a una falsa beata 191

*Ejemplo XLIII.* Lo que le pasó al Bien y al Mal, y al cuerdo  
con el loco 197

*Ejemplo XLIV.* Lo que le pasó a don Pedro Núñez el Leal, a don Ruy  
González de Cevallos y a don Gutierre Roíz de Blaguiello  
con el conde don Rodrigo el Franco 203

*Ejemplo XLV.* Lo que le pasó a un hombre que se hizo amigo  
y vasallo del diablo 210

*Ejemplo XLVI.* Lo que le pasó a un filósofo a quien una necesidad  
llevó a entrar en la calle donde vivían prostitutas 216

*Ejemplo XLVII.* Lo que le pasó a un moro con una hermana suya  
que fingía ser muy miedosa 221

*Ejemplo XLVIII.* Lo que le pasó a uno que probaba a sus amigos 225

*Ejemplo XLIX.* Lo que le pasó al que echaron en la isla desnudo  
cuando le quitaron el señorío que tenía 232

*Ejemplo L.* Lo que le pasó a Saladín con una dama, mujer  
de un vasallo suyo 236

## ESTUDIO DE LA OBRA Y ACTIVIDADES 249

### EL AUTOR Y SU OBRA 251

#### 1. La obra 252

1.1. Don Juan Manuel y su conciencia de escritor 253

1.2. Los ejemplos 255

### ACTIVIDADES DIDÁCTICAS 258

#### 1. Preguntas para la comprensión y el análisis de la obra 258

1.1. La composición 258

- 1.2. El contenido 258
  - 1.2.1. Vida cotidiana, ideología, moralidad en los diez primeros ejemplos 258
  - 1.2.2. Del ejemplo XI al XX: nuevas enseñanzas y creación literaria 260
  - 1.2.3. Del ejemplo XXI al XXX: personajes y consejos 262
  - 1.2.4. Del ejemplo XXXI al XL: casos y enseñanzas 263
  - 1.2.5. Del ejemplo XLI al L: literatura y aplicación a la vida corriente 265
  
- 2. En versión original 267
  - 2.1. Ejemplo VII: De lo que contesció a una mujer quel dicien doña Truhana 267
  - 2.2. Ejemplo X: De lo que contesció a un omne que por pobreza et mengua de otra vianda comía atramuces 269
  - 2.3. Ejemplo XI: De lo que contesció a un deán de Santiago con don Illán, el gran maestro de Toledo 271



# PRÓLOGO

---

*Y*o, don Juan, hijo del infante don Manuel, adelantado mayor de la frontera y del reino de Murcia, hice este libro con las mejores palabras que pude, y en él puse ejemplos que podrían aprovechar a los que los oyeran. Y lo hice según hacen los médicos que, cuando quieren dar alguna medicina que cure el hígado, como a este órgano le atraen las cosas dulces, mezclan en ella azúcar o miel o algo dulce, y así junto a lo dulce lleva hacia sí la medicina. De esta forma, con la merced de Dios, haré este libro. Y a los que lo lean, tal vez les gustarán las cosas provechosas que encontrarán en él; y los que no lo entiendan del todo, no dejarán de leer, junto con las cosas divertidas, lo útil que hay mezclado en ellas; y aunque no quieran, les aprovecharán, de la misma forma que al hígado le va bien la medicina mezclada con lo dulce que tanto le gusta.

¡Dios quiera que los que lean este libro se aprovechen de él para servir a Dios y les sea útil para la salvación de sus almas y el provecho de sus cuerpos! Él sabe que yo, don Juan, lo escribo con esta intención. Y de lo que se encuentre



no tan bien dicho como sería conveniente, no le echen la culpa a mi intención, sino a la falta de mi entendimiento. Y si hay algo bien dicho o provechoso, agradézcanslo a Dios, pues es por Él por quien todo lo bueno se hace o se dice.

Ya que he acabado el prólogo, de aquí en adelante empezaré la materia del libro, y la ofreceré en forma de un diálogo entre un gran señor al que llamaban conde Lucanor y su consejero Patronio.

## EJEMPLO PRIMERO

---

### *Lo que le pasó a un rey con su privado*

**S**una vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo:

—Patronio, un gran hombre, muy honrado y muy poderoso y que me considera muy amigo suyo, me dijo hace pocos días con gran secreto que, por algunas cosas que le habían pasado, quería dejar esta tierra y no volver a ella. Y que, por el gran amor y la confianza que me tenía, me quería dejar toda su tierra, una parte vendida y otra encomendada. Y como quiere hacer esto, no sólo me honra mucho, sino que obtengo con ello un gran beneficio. Decidme qué os parece todo y aconsejadme.

—Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, sé que no necesitáis mi consejo; pero, ya que queréis que os diga lo que a mí me parece y os aconseje, lo voy a hacer. Primero os digo que esto que os dijo el que creéis que es vuestro amigo lo hizo para probaros. Y me parece que os pasa con él lo mismo que le pasó a un rey con un privado suyo.

El conde Lucanor le rogó que le contara el caso.

—Señor —dijo Patronio—, un rey tenía un privado en

quien confiaba mucho. Y como todo aquel que tiene buena suerte es envidiado, otros privados del rey le tenían mucha envidia porque su señor le favorecía tanto y tramaban cómo hacerle caer en desgracia. Pero por mucho que le dijeron al rey, nunca pudieron conseguir que sospechase de él.

Como vieron que no conseguían nada por ese camino, empezaron a hacer creer al rey que su privado intentaba que muriera para que su hijo pequeño quedase en su poder; y que, cuando lograra apoderarse de la tierra, buscaría la manera de matar al niño, y así pasaría él a ser señor de la tierra.

Aunque hasta entonces no habían conseguido que el rey tuviera duda alguna sobre el buen comportamiento de su privado, al oír esto, no pudo dejar de recelar de él. Porque, en cosas tan peligrosas que no se pueden remediar si ocurren, nadie que sea cuerdo debe esperar a que pasen para tener la prueba. Y, por tanto, desde que tuvo el rey esta sospecha, desconfió de su privado; pero no se atrevió a hacer nada contra él hasta tener alguna prueba de que era cierto.

Y los que querían hacer daño al privado le dijeron una forma muy engañosa para probar que era cierto lo que le habían dicho. Le explicaron lo que le tenía que decir a su privado para probarle, y el rey lo hizo así.

Al cabo de unos días, el rey, hablando con su privado, entre muchas cosas que le dijo, le empezó a dar a entender que no le interesaba la vida de este mundo porque le parecía que todo era vanidad. Y en ese momento no le dijo más.

Unos días más tarde, hablando otra vez con él, fingiendo que hablaba de otra cosa, volvió a repetir que cada día le interesaba menos la vida en este mundo y lo que en él veía. Volvió a insistir en ello tantas veces que el privado acabó convencido de que al rey no le interesaban ni las honras ni las riquezas de este mundo, ni ningún bien ni placer que hubiera en él.

Cuando el rey se dio cuenta de que había convencido al privado de su intención, le dijo un día que había pensado dejar el mundo e irse a desterrar a una tierra en donde nadie le conociera, que quería buscar un lugar extraño y muy apartado donde poder hacer penitencia de sus pecados. Creía que así Dios se apiadaría de él y le daría la gracia para poder ganar la gloria del paraíso.

Al oír esto el privado, intentó convencerle de que no lo hiciera. Entre otras cosas que le dijo fue que dejaría de servir a Dios si abandonaba a tanta gente que vivía en paz y en justicia en su reino; porque, en cuanto él se marchara, empezaban las guerras entre ellos, y su tierra sufriría grandes daños. Y si ese argumento no le convencía, que pensase en la reina, su mujer, y en el hijo muy pequeño que tenía, porque los dejaría en gran peligro de su vida y hacienda.

A esto le respondió el rey que, antes de decidirse a marchar de su país, había pensado en la forma en cómo dejar su reino guardado y a su mujer e hijo protegidos. Y había pensado que, como le había hecho mucho bien a él y siempre le había sido muy leal y le había servido muy bien, y confiaba

en él más que en nadie en el mundo, le iba a confiar la protección y el cuidado de su mujer e hijo y le iba a entregar el mando de su reino para que nadie pudiera hacer nada contra su hijo. Así, si él volvía al cabo de un tiempo, estaba seguro de encontrar perfectamente todo lo que le dejase bajo su poder; y que si por azar muriera, sabía que serviría muy bien a su mujer, la reina, y que criaría muy bien a su hijo y que le tendría muy bien guardado su reino hasta que llegara el momento en que él pudiera gobernarlo. De esta forma estaba seguro de que dejaba muy bien organizados todos sus asuntos.

Cuando el privado oyó decir al rey que quería dejar en su poder el reino y a su hijo, aunque lo disimuló, tuvo una alegría inmensa, porque se dio cuenta de que, como todo quedaba en sus manos, podría obrar como quisiera.

Este privado tenía en su casa un esclavo que era muy sabio y muy gran filósofo. Todo lo que el privado tenía que hacer y todos los consejos que debía dar, lo hacía según lo que le decía su esclavo.

Después de la charla con el rey, el privado se fue a su casa y le contó a su esclavo todo lo que le había dicho el monarca y la gran alegría que tenía por su buena suerte, ya que el rey quería dejarle el reino y el hijo en su poder.

El esclavo filósofo, al oír contar a su señor lo que le había dicho el rey, se dio cuenta de cómo éste habría visto que quería controlar su reino y tener bajo su poder a su hijo. Vio, por tanto, el gran error en que había caído y se lo echó

enseguida en cara. Le dijo que podía estar seguro del gran peligro en que estaba, porque todo lo que le había dicho el rey no era porque tuviera intención de llevarlo a cabo, sino porque gentes que le querían mal le habrían dicho que le pusiera a prueba de esa forma. Y que no dudase de que se había puesto en un gran peligro porque el rey habría visto lo mucho que le había gustado el plan que le había ofrecido.

Cuando el privado oyó esto, se quedó preocupadísimo porque se dio cuenta de que todo lo que su esclavo le decía era verdad. Y cuando ese sabio que tenía en su casa vio su angustia, le dijo cómo podría evitar el peligro en que se había metido. Y él hizo todo lo que le mandó su sabio esclavo.

Aquella noche se afeitó la cabeza y la barba, cogió unos vestidos viejos, zurcidos, como los que llevan esos hombres que van pidiendo limosna en las romerías, y un bordón y unos zapatos viejos muy remendados, y metió entre las costuras de aquellos pobres vestidos una gran cantidad de dinero. Y antes de que amaneciera, se fue a la puerta del rey y le mandó a un portero que allí estaba que le dijera al rey que se levantase para que pudieran irse antes de que la gente se despertara, que él le estaba allí esperando. Y le rogó que todo esto se lo dijera al rey muy secretamente.

El portero se quedó muy asombrado al verlo de aquella manera y entró enseguida a decirle al rey lo que le había pedido el privado. Al oírle, el rey se quedó maravillado y le mandó que le dejara pasar.

Viendo cómo venía, le preguntó por qué había hecho aquello. Y el privado le dijo que, como le había dicho que quería irse del país, y veía que estaba decidido a hacerlo, ¡nunca quisiera Dios que él olvidara todo el bien que le había hecho! Y que de la misma forma que había participado de la honra y del bien de su rey, le correspondía ahora compartir su miseria y su destierro. Y puesto que al rey no le dolía dejar a su mujer y a su hijo y su reino y todo lo que tenía, tampoco había motivo para que él sintiera abandonar todo lo suyo, así que iba a ir con él y le serviría de forma que nadie se diera cuenta. Y que llevaba tanto dinero escondido en aquellos vestidos que se había puesto que tendrían bastante para toda su vida. Y puesto que debían irse, que lo hicieran cuanto antes para que nadie pudiera reconocerlos.

Cuando el rey oyó lo que su privado le decía, creyó que todo se lo decía por su lealtad y se lo agradeció mucho. Le contó entonces cómo le habían engañado hablándole mal de él y cómo todo lo que le había dicho había sido para probarle.

La envidia hubiera podido ser causa de la destrucción de ese hombre, y Dios quiso impedirlo, y lo hizo por medio del consejo que le dio el sabio que tenía cautivo en su casa.

Vos, señor conde Lucanor, es preciso que os guardéis de ser engañado de este que consideráis vuestro amigo, porque estoy seguro de que lo que os dijo fue sólo para probaros. Conviene que le habléis de tal forma que se dé cuenta de que queréis su bien y su honra y que no tenéis codicia alguna de

lo suyo; porque, si el hombre no guarda estas dos cosas a su amigo, no puede durar la amistad entre ambos.

El conde vio que Patronio le aconsejaba bien e hizo lo que le dijo y acertó.

Y creyendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, lo hizo escribir en este libro y compuso estos versos en donde pone la sentencia del ejemplo. Los versos dicen así:

*«Non vos engañedes nin creades que endonado  
face ningún hombre por otro su daño de grado.»*

(No os engañéis creyendo que alguien hace un favor a otro que redunde en su propio daño sin un propósito muy concreto.)



## EJEMPLO SEGUNDO

---

### *Lo que le pasó a un hombre bueno con su hijo*



Una vez sucedió que el conde Lucanor hablaba con Patronio, su consejero, y le dijo que estaba muy preocupado por una cosa que tenía que hacer porque, si lo hacía, sabía que muchos le criticarían; y si no lo hacía, también le iban a censurar con razón. Le dijo de qué se trataba y le rogó que le aconsejase qué es lo que le parecía que debía hacer.

—Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, bien sé que podríais encontrar gente que os aconsejase mejor que yo y sé muy bien que Dios os dio inteligencia. Por tanto, no os haría falta mi consejo; pero ya que me lo pedís, os diré lo que a mí me parece. Me gustaría mucho que tuvierais en cuenta lo que le pasó una vez a un hombre bueno con su hijo.

El conde le rogó que le contase cómo fue, y Patronio le dijo:

—Señor, un hombre bueno tenía un hijo; era joven e inteligente. Siempre que su padre quería hacer algo, el hijo le indicaba cómo podía suceder lo contrario de lo que él pensaba, y así le impedía hacer cosas que le convenían para sus asuntos.

Podéis estar seguro de que, cuanto más inteligentes son los jóvenes, más pueden equivocarse en sus cosas, porque tienen entendimiento para empezarlas, pero no saben cómo acabarlas, y así caen en grandes errores si no hay quien lo evite. Y así aquel mozo, por lo inteligente que era, pero también por no saber acabar las cosas, impedía que su padre obrara adecuadamente.

Al cabo de un tiempo en que siempre ocurría lo mismo, el padre, por el daño que le venía por no hacer las cosas que debía hacer, por lo enfadado que estaba por lo que su hijo le decía y, sobre todo, para enseñarle cómo convenía actuar en lo que le pasara en adelante, decidió hacer lo que os voy a contar.

El hombre bueno y su hijo eran labradores y vivían cerca de una ciudad. Un día de mercado, dijo a su hijo que fueran allá para comprar algunas cosas que necesitaban; iban a llevar una bestia para que cargase con ello. Yendo los dos a pie al mercado y llevando la bestia sin carga alguna, se encontraron con unos hombres que venían de la ciudad adonde ellos iban. Después de saludarse, aquella gente empezó a comentar que no les parecía bien que los dos fueran a pie y la bestia sin carga. El hombre bueno, al oírlo, le preguntó a su hijo qué opinaba de lo que decían. Y el hijo le contestó que tenían razón porque no era lógico que la bestia no llevara nada y ellos fueran a pie. Entonces el hombre bueno le dijo a su hijo que montara él.

Cuando iban por el camino, encontraron a otros hombres que, nada más rebasarlos, empezaron a comentar que

aquel hombre hacía mal porque él, viejo y cansado, iba a pie y su hijo montaba en el animal. Le preguntó otra vez el hombre bueno a su hijo qué opinaba de lo que iban comentando, y él le contestó que tenían razón. Entonces le mandó bajar del animal, y subió él.

Al poco rato se encontraron con otros y les dijeron que no estaba bien que fuera él, que estaba acostumbrado a las penalidades, montado en el animal mientras el joven, que no lo estaba a sufrirlas, iba andando. Otra vez le preguntó el hombre a su hijo qué le parecía lo que decía esa gente, y el joven le dijo que tenían razón.

Entonces el hombre bueno lo hizo subir también en el animal para que ninguno de los dos fuese a pie.

Yendo así, se encontraron con otros hombres que les empezaron a decir que aquel animal era tan flaco que apenas podía andar, y que hacían muy mal en ir los dos subidos en él. El hombre bueno le preguntó de nuevo a su hijo qué opinaba de lo que decían, y el joven le contestó otra vez que tenían razón.

Entonces el padre le dijo a su hijo:

—Hijo, bien sabes que, cuando salimos de casa, ambos veníamos a pie y la bestia iba sin carga alguna, y tú dijiste que te parecía bien. Después encontramos a unos hombres por el camino y nos dijeron que hacíamos mal, y mandé que montaras tú en el animal y yo fui a pie, y a ti te pareció bien. Luego encontramos otros hombres que nos dijeron que

aquello no estaba bien, y entonces tú bajaste de la bestia, y subí yo a su lomo, y dijiste que era lo mejor. Y porque tomamos con otros que nos dijeron que no hacíamos bien, te mandé subir en la grupa del animal conmigo, y comentaste que era mejor que no ir tú a pie y yo montado. Y ahora estos que hemos encontrado nos han dicho que hacemos mal en ir los dos subidos en el animal, y también crees tú que tienen razón. Quiero que me digas qué podemos hacer para que nadie nos critique. Fuimos los dos a pie y dijeron que hacíamos mal; fui yo andando, y tú en el animal, y lo censuraron; subiste tú y bajé yo, y siguieron diciendo que no estaba bien, y ahora que vamos los dos subidos en la bestia, nos han dicho que también hacemos mal. Y no hay manera de ir a la ciudad sino de una de estas maneras, y ya las hemos probado todas, y siempre nos han criticado.

Quise que hiciéramos esto para que aplicaras la experiencia a todos tus asuntos, porque es imposible que hagas algo que todos te digan que está bien hecho. Porque si fuera algo bueno, los malos y aquellos a quienes no les conviene hablarán mal de ello; y si fuere algo malo, los buenos no podrían decir que estaba bien lo que habías hecho mal. Por tanto, si quieres obrar bien y de forma que te convenga, intenta hacerlo lo mejor posible y como mejor te vaya. Y, a menos que sea algo malo, no dejes de hacerlo por recelo de lo que digan las gentes, porque siempre hablan de las cosas como quieren y no se fijan en lo que está mejor.

—Y vos, conde Lucanor, señor, en esto que decís que queréis hacer y que tenéis miedo de que la gente os critique, aunque no lo hagáis, también os criticarán. Y ya que me pedís un consejo, os doy este: que antes que empecéis algo, tened en cuenta el bien o el daño que os puede venir, no os fiéis de vuestro entendimiento y miréis que no os engañe la voluntad, y que además pidáis consejo a los sensatos, leales y discretos.

Y si no encontráis a un consejero con estas cualidades, no os precipitéis en hacer las cosas; dejad pasar al menos un día y una noche si el asunto no es urgente. Después de actuar así y de ver que lo que vais a hacer os conviene, yo os aconsejo que nunca lo dejéis de hacer por lo que la gente pueda decir.

El conde tuvo por buen consejo lo que le había dicho Patronio. Y lo hizo así, y siempre le fue bien.

Y cuando don Juan encontró este ejemplo, lo mandó escribir en este libro e hizo estos versos en donde se abrevia su enseñanza:

*«Por dicho de las gentes,  
sol que non sea mal,  
al pro tened las mientes,  
et non fagades ál.»*

(Aunque la gente os critique, tened en cuenta sólo lo que os conviene y, a menos que sea algo malo, no actuéis de otra manera.)